

Algunas reflexiones en torno a la vejez

S. Donet i Montagut
Sociólogo

Las sociedades desarrolladas: sociedades envejecidas

Las sociedades desarrolladas europeas son hoy sociedades envejecidas. Factores económicos y culturales, como la liberación de la mujer y su incorporación al mercado de trabajo; factores técnicos y médicos, como la posibilidad de planificar y decidir cuántos y cuándo tener los hijos; factores estructurales como el paso de la familia extensa a la familia nuclear, etc., han favorecido una importante reducción de la natalidad que ya no es capaz ni siquiera de cubrir las tasas de reposición de la población.

Esta situación plantea notables retos de planificación y de atención a un grupo de población cada vez más numeroso e importante. Surgen así cuestiones vinculadas a la planificación y distribución de los recursos y la necesidad de establecer prioridades: construir escuelas o asilos, mayores exigencias de inversión en sanidad y especialmente en geriatría, política de subvenciones familiares destinadas a familias con ancianos dependientes desde el punto de vista económico y/o sanitario, articulación de un sistema de pensiones, etc., etc. Asimismo ha supuesto el replanteamiento de cuestiones como la jubilación, la edad de jubilación, su significado, su oportunidad, etc. Estos problemas se ven agudizados por la crisis del modelo de bienestar y las tensiones políticas que se generan, por el peso demográfico de un grupo que en un principio había sido relativamente marginado y considerado simplemente «población no activa» y «dependiente».

Asimismo el envejecimiento de la población supone un reto de futuro para estas sociedades pues hasta ahora se han organizado en torno a un pacto social según el cual, las generaciones jóvenes garantizaban el mantenimiento de la estructura productiva y el sis-

tema de pensiones que hoy empiezan a verse seriamente amenazados a no ser que se recurra a una importante incorporación de población por la vía de la inmigración.

Desde el punto de vista de las personas, exige «aprender a ser viejo» es decir supone una reestructuración de la propia vida, del tiempo, del ocio y de la propia identidad. Los avances de la ciencia y de la medicina, la dietética, los nuevos estilos de vida, las transformaciones en la educación, la sanidad, los servicios sociales, etc. han hecho que hoy cada vez más personas mayores de 65 años se vean injustamente clasificadas como viejos cuando están en la plenitud de sus facultades y en un momento existencial lleno de posibilidades para la propia comunidad.

Por eso, el envejecimiento de la población supone un replanteamiento de los esquemas sobre los que tradicionalmente se ha organizado nuestra sociedad; supone una revolución cultural y de valores, un cuestionamiento de las bases mismas sobre las que se ha constituido la propia sociedad industrial o si se quiere postindustrial. Esta nueva situación representa un reto para la creación de una sociedad más humana, más adaptada a las necesidades de todos, requiere, en palabras de la Comisión Europea, la creación de «Una Europa para todas las edades». Por eso es importante comprender el fenómeno de la vejez en toda su amplitud y riqueza de matices, rompiendo viejos estereotipos, huyendo de la mitificación del pasado pero estando alerta acerca de los discursos ideológicos del presente que nos presentan una visión de la vejez interesada y manipulada. Con el ánimo de aportar algunos elementos de clarificación, en este artículo me propongo abordar los siguientes aspectos:

1. La vejez es un fenómeno cronológico, biológico, psicológico, etc., pero es fundamentalmente un constructo social que cambia y evoluciona conforme cambian las mismas sociedades. Y se define en función del papel social que juega el anciano en la sociedad y en función de la posición o lugar que el colectivo de los mayores ocupa en la sociedad.

2. El concepto de vejez es un concepto escurridizo, ambiguo y negativamente marcado. Esta negatividad hace que la mayoría de los ancianos no se identifiquen a sí mismos, o lo hagan con dificultad, como ancianos.

3. Las sociedades se estructuran y organizan en función de los intereses de los distintos grupos sociales y por ello es necesario una intervención social para cambiar la valoración de los mayores y posibilitar la construcción de una sociedad para los mayores, definida en función de sus necesidades. Como afirma el eslogan para el año de los mayores, *construir una sociedad para todas las edades*.

4. Nuestro estereotipo de anciano «ya no sirve» para la nueva sociedad postindustrial, sociedad del conocimiento y de la información. Fue elaborado y vinculado esencialmente a un modelo de socie-

dad industrial y en función de sus determinaciones. Por ello es necesario redefinir de forma flexible y abierta nuestra concepción del fenómeno social «vejez».

5. Las variables edad, sexo, estado civil, nivel de estudios y de recursos culturales y simbólicos, renta y posición económica en la familia, biografía personal y laboral, red de relaciones familiares y sociales, radicación geográfica, etc. determinan el fenómeno multiforme de las necesidades de los ancianos.

6. La vejez es un fenómeno plural. No existe homogeneidad en el colectivo ancianos, de ahí la dificultad de definir políticas de acción y de reducir a esquemas las necesidades de los ancianos que en último término no son radicalmente distintas de las de cualquier individuo. Su posibilidad de satisfacerlas está en función de la posición que los ancianos ocupan en las distintas sociedades, de las funciones que éstas les reservan y del peso o capacidad negociadora del colectivo ancianos. De éstas condiciones depende básicamente su acceso a los recursos sociales disponibles.

1. *La vejez es un constructo social que cambia y evoluciona conforme cambian las mismas sociedades*

Cuando nos acercamos al fenómeno de la vejez constatamos su complejidad y la multiplicidad de perspectivas desde las que puede ser abordado. Casi todas las grandes corrientes sociológicas han hecho aportaciones que nos permiten profundizar en un fenómeno que se nos presenta como complejo y poliédrico¹. Sin embargo, y con el ánimo de sintetizar podemos agruparlas todas en dos grandes perspectivas o modos de enfocar el fenómeno vejez.

a) La vejez entendida como variable independiente y vinculada al hecho de la edad como constatación cronológica con implicaciones biológicas, fisiológicas y psicológicas en la medida en que ésta última tenga relación con determinados procesos neurológicos y fisiológicos.

Ser viejo es así la consecuencia (feliz) del hecho de cumplir más años y se expresa en una serie de procesos degenerativos que el tiempo introduce en nuestro organismo. Vinculados con esos procesos la vejez planteará una serie de demandas específicas a la sociedad tales como un incremento de los cuidados personales, médicos, geriátricos, cambios en la planificación de infraestructuras, etc. Una sociedad envejecida supone entonces una atribución

1 Cf. L. Pérez Ortiz (1989), *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid 1997. Cf. también, T. San Román, *Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema*, Fundación Caja de Pensiones, Barcelona.

de recursos distinta a la que representa una sociedad eminentemente joven por ejemplo.

De acuerdo con este punto de vista, la edad es el criterio explicativo clave y se analiza como una variable independiente que explica determinadas conductas, expectativas, demandas sociales, valores, etc. Cada grupo de edad plantea exigencias y demandas diferenciadas a la sociedad y, en cierta medida podemos decir que existe una pugna entre los distintos grupos por el reparto de los recursos escasos.

La vejez es percibida aquí como problema como consecuencia de la crisis del Estado de Bienestar y por los efectos que el envejecimiento de la población pueda tener sobre la atribución de recursos económicos y sociales. A esta situación se añade el impacto político del grupo de edad ancianos. Pues en la dinámica de la competencia por los recursos cada vez este grupo es más numeroso y adquiere un peso político más notable.

La crisis del estado protector plantea notables retos de planificación y de atención a un grupo de población cada vez más numeroso e importante. Más si tenemos en cuenta que estos grupos son percibidos como «población no activa» y «dependiente» obviando las importantes aportaciones, a todos los ámbitos de la vida pero también a la generación de bienes y servicios, que realizan estos colectivos.

b) En segundo lugar, y como la otra cara de la misma moneda, la vejez puede ser estudiada como variable dependiente, es decir como una realidad socialmente construida. Estas dos perspectivas sólo son separables a efectos analíticos aunque no en la realidad pero su distinción es importante porque marca claramente la diferencia entre los distintos enfoques que suelen primar una u otra.

Es indudable que todos cumplimos años, y también que en mayor o menor medida se producen transformaciones biológicas y fisiológicas que se pueden de algún modo asociar al hecho de cumplir años. Sin embargo cuando tratamos de concretar en qué consiste ser viejo, algo falla. Podemos decir, por ejemplo, que la pérdida de memoria, la hipertensión, la pérdida de reflejos, o de vista, etc. son rasgos que pueden asociarse a la vejez; sin embargo no basta que alguien tenga pérdida de vista o hipertensión para que se le clasifique como viejo. Se necesita algo más. Ese «algo» es lo que en este caso nos interesa. Es decir, es la propia sociedad la que construye una idea de lo que es ser viejo y la que clasifica de algún modo a los individuos como jóvenes, adultos o viejos. El que en determinadas sociedades pasaría por ser viejo puede ser considerado en otras como adulto o, incluso, como joven.

Desde esta segunda perspectiva, pues, existe vejez porque existe sociedad. Es decir, la vejez se vuelve variable dependiente y debe analizarse en relación con las estructuras sociales, los valores, las

relaciones conflictivas entre grupos de edad, etc. La vejez es entendida no como un hecho biológico y cronológico sino como una construcción social; como «constructo social» y, por tanto, supone la existencia de unas normas y expectativas vinculadas al hecho de la definición social de la vejez, de tal forma que ésta deviene una categoría social la cual puede ser positivamente o negativamente privilegiada. Categoría por adscripción a la que corresponden determinados privilegios, expectativas, derechos, etc.

La vejez aparece así como fenómeno cultural (pues su valoración está vinculada a los valores y normas de la sociedad). La pregunta clave aquí es, pues, ¿cuál es el significado de ser viejo en determinada sociedad?, ¿cómo son valorados por la misma?, ¿cuáles son las relaciones de poder y conflicto que se pueden crear entre los distintos grupos o categorías sociales?

2. El concepto de vejez es un concepto escurridizo, ambiguo y negativamente marcado

Cuando la sociología aborda el fenómeno de la vejez encontramos una radical pluralidad de conceptos para referirse a una misma realidad. Si analizamos la literatura al uso encontramos todo tipo de apelativos para denominar a un grupo de personas que han cumplido determinada edad: Viejos, Ancianos, Mayores, Tercera edad, Cuarta edad, Abuelos, Seniles, Seniors, y ya casi en de broma y en clave de lo «políticamente correcto» podríamos incluir: juventud avanzada o «los cronológicamente dotados».

La vejez como hecho social parece ser un fenómeno complejo que resulta difícil encasillar en un término que normalmente se presta después a equívocos y a la autoexclusión de determinados grupos que no se sienten confortables con esa etiqueta.

El lenguaje se vuelve incómodo porque es un lenguaje cargado o marcado. Ser viejo, mayor o anciano significa algo que no gusta a la mayoría de actores sociales que se ven así clasificados. En una sociedad que exalta los valores de lo joven como valores supremos: innovación, creatividad, competencia, generosidad, belleza, fuerza, etc., ser viejo se asocia a: improductivo, pasivo, dependiente, esterilidad, rigidez, enfermedad, incapacidad, tacañería, fealdad, decrepitud, decadencia, y un largo etcétera. de tal forma que cuando les preguntamos a los ancianos siempre consideran que los viejos son los otros porque han interiorizado la imagen social del viejo pero a la vez experimentan que eso es algo que no va con ellos. Este hecho tiene profundas implicaciones a la hora de analizar políticas de intervención social para los mayores: una de las principales dificultades es que el anciano se reconozca y asuma sus límites y acepte su nueva realidad de anciano.

En relación con esta cuestión cabe señalar las aportaciones de la teoría del etiquetado aplicadas al fenómeno de la vejez: se espera que los viejos se comporten como grupo de una determinada forma. Y la vejez como experiencia vital es algo impuesto coercitivamente por las propias estructuras y normas sociales. Esta misma sociedad, «coloca» a cada grupo en situaciones distintas a los distintos grupos de tal forma que sus oportunidades de vida son diferentes según se pertenezca a un grupo u a otro.

El fenómeno del etiquetado tiene que ver también con un elemento importante que es la percepción social de la vejez y la construcción de la identidad del anciano. Cómo se perciben a sí mismos los mayores y sus dificultades para identificarse como colectivo. También podemos asociar a esta dinámica las dimensiones participativas del anciano.

Vista desde esta perspectiva será muy importante la capacidad de los distintos grupos para integrarse en la sociedad de forma satisfactoria. Y así desde perspectivas funcionalistas se insistirá en la idea del «vacío de roles» o como reacción a ésta la de «la actividad». Unos apuestan por una situación de retraimiento de la sociedad que anuncia el lento ingreso en la muerte y otros por el contrario asumiendo la pérdida de roles e invitan a la búsqueda de nuevos roles que permitan una actividad realizadora y plenificadora para los ancianos.

Otras corrientes sociológicas ponen de manifiesto la existencia de una sociedad que genera estructuras de dependencia de los ancianos. Los ancianos aparecen así como un colectivo dependiente o mejor dicho, un grupo es que «colocado» en relaciones de dependencia respecto de la sociedad en general. No se trata tanto de obviar el hecho de que los ancianos conforme aumenta su edad corren más riesgos de pérdida de determinadas capacidades físicas y psíquicas sino de poner el acento en que la propia sociedad, sobre la base de algo «natural» o biológico, construye unas relaciones de dependencia y precariedad para los ancianos que tienen que ver con la estructura conflictiva de la misma y con la lucha generacional por el acceso a los recursos.

La vejez es vista socialmente como problema y amenaza. Es quizá desde esta perspectiva desde la que ha tomado quizá mayor relevancia y repercusión social. Con un análisis cuasi malthusiano de la población, los mayores se presentan como un grupo improductivo que amenaza el equilibrio del sistema. Sobre esta cuestión quiero hacer después algunas puntualizaciones.

Lo que en sociología llamamos ancianos constituye una categoría social. Y una categoría social negativamente privilegiada o si queréis discriminada.

¿Qué es una categoría social? Es una forma de clasificar los individuos de una sociedad atendiendo a algunas características adscri-

tas, rasgos, biológicos, fisiológicos, culturales, etc. transformados por las relaciones sociales, es decir atravesados por las relaciones de poder que se dan en la sociedad, y en función de esas relaciones la pertenencia a una categoría social supone la existencia de una serie de expectativas sociales, de estereotipos, de privilegios positivos o negativos que le están asociados. Quizá con el ejemplo de la categoría social, género que es el más conocido y explotado sociológicamente, se entienda mejor lo que quiero decir: los individuos nacen biológicamente o fisiológicamente como varones y hembras, la realidad sexo es un hecho biológico que nos diferencia a unos de otros, pero el hecho de que las mujeres se dediquen a unas labores y los hombres a otras, que de ellas se espere un tipo de conductas y de ellos otras, que se suponga que ellas son sensibles, emocionales, maternales, etc., y que el hombre es necesariamente racionalista, no llora, etc., es una construcción social.

La categorización social por edades es quizá una de las formas más antiguas de estructurar y organizar las sociedades. A cada grupo de edad le corresponden obligaciones y derechos diferentes y la transición de unos a otros viene marcada claramente por ritos de paso. Sin embargo en las sociedades más antiguas la edad cronológica es incluso en muchos casos ignorada (no saben bien los años que tienen o incluso se añaden años como factor de prestigio). Sin embargo, y al hilo de esta consideración, tengo que señalar que es un mito la idea de que las sociedades tradicionales tenían un especial aprecio y consideración de los viejos. Más bien, todo parece indicar que lo que era incierto y móvil se daba cuando llegaba a ser uno viejo, que dependía básicamente de la capacidad de valerse por sí mismo y de seguir contribuyendo a las tareas del grupo. Si el anciano es bien considerado o lidera al grupo se debe más a cualidades y habilidades que el anciano aporta al grupo y que se consolidaron en muchos casos mucho antes de llegar a viejo.

Cuando el anciano ya no puede valerse por sí mismo, la consideración del anciano está en función de los recursos y la supervivencia del grupo. Sólo más tarde en las sociedades agrícolas, en las que la tierra y el patrimonio son fundamentales, pudo quizás el anciano adquirir cierta posición de preeminencia.

Aquí quiero hacer hincapié en la idea de anciano no vinculada a una cronología, a una edad concreta sino al papel que el anciano puede jugar en el grupo. Lo que determina si se es viejo no es la edad sino los cambios fisiológicos y psicológicos así como el papel que el individuo está en condiciones de desempeñar en el grupo en cada momento. La aparición de las fronteras de edad que marcan la aparición de la vejez, como señala Lourdes Pérez Ortiz, «está determinado por convencionalismos sociales de muy diversa índole. Entre los que cabe destacar: el grado de diferenciación social y económica, la posibilidad de acumulación de riquezas, las pautas de transmisión de la propiedad, las estructuras residencia-

les y, de forma especial el hecho de que los ancianos mantengan o no actividades socialmente valoradas»².

En la sociedad industrial, el criterio fundamental para fijar al vejez, ha sido la capacidad productiva y en concreto la capacidad de producir en la industria. La sociedad industrial se construye en torno a dos grandes ejes: la producción capitalista y el control racional y burocrático de la sociedad. De ahí la importancia que pronto adquirirá la edad cronológica como forma de fijar el inicio de la vejez y la clasificación por grupos de edad.

Esto nos lleva a otro interrogante: ¿hemos atinado al imponer como inicio de la vejez los sesenta y cinco años, o/y la jubilación como algo inherente a la vejez?

La sociedad industrial se caracteriza por el acento que pone en el uso de las industrias extractivas y transformadoras, en la fuerza y la energía del trabajo humano, como trabajo manual. Su mejor traducción icónica es la cadena de montaje. Trabajadores descualificados aplicando su energía mediante el uso de máquinas. Por el contrario hoy, nuestra sociedad ha devenido fundamentalmente una sociedad de servicios.

Cuando surgen los modernos sistemas de bienestar, la jubilación se une a la vejez y se une como «premio», así entre comillas, por toda una vida de esfuerzo y trabajo, un trabajo las más de las veces alienante y agotador. De paso este hecho era funcional para el sistema que podía incorporar mano de obra joven, más cualificada y productiva, menos costosa y flexibilizable en todos los sentidos (polivalencia, movilidad, derechos laborales adquiridos, etc., etc.), expulsando vía jubilación a los más viejos, menos productivos y más costosos. Este hecho está en el trasfondo de más de una política de empleo de los últimos años y se ha convertido en una amenaza a la estabilidad del sistema de pensiones, como recientemente ha afirmado el propio ministro de trabajo. Sin tener en cuenta las enormes repercusiones sociales, en forma de pérdida de autoestima, imagen social, pérdida de posición económica, etc., de los mayores y de los mayores de cincuenta años que esto ha llevado consigo. Este sistema ha sido incluso querido y potenciado por los propios sindicatos y los trabajadores en el marco de las situaciones de crisis económicas, como una solución. Y en muchos casos vivido como algo positivo por sus protagonistas.

Los avances de la ciencia y de la medicina, la dietética, los nuevos estilos de vida, las transformaciones en la educación, la sanidad, los servicios sociales, etc. han hecho que hoy cada vez más personas con sesenta y cinco años se vean injustamente clasificadas como viejos cuando están en la plenitud de sus facultades y en un momento existencial lleno de posibilidades para la propia comunidad. Surgen

2 Cf. L. Ortiz, o. c., pp. 93-94.

así una serie de interrogantes que conviene destacar: ¿Son estas personas viejos? ¿Debemos considerarlos así? ¿Nos basta con mover el límite de edad? ¿envejecemos todos de la misma manera? ¿Envejeceremos en el futuro del mismo modo como envejecen los viejos de hoy? ¿Viviremos las mismas necesidades y los mismos límites? ¿Cómo nos relacionaremos con nuestro entorno social y familiar? ¿No supone en último término esa prematura clasificación o «retiro» un derroche de recursos humanos que ninguna sociedad y menos la nuestra que se jacta de organizarse en términos de eficiencia y productividad puede permitirse?

3. Necesidad de una intervención social para cambiar la valoración de los mayores

Si aceptamos que la vejez es algo socialmente definido, es en el ámbito social donde deberemos trabajar para cambiar también los modelos de vejez y los modos de envejecer. Por otro lado, deberemos admitir que la valoración social de la vejez dependerá de una forma significativa de la propia correlación de fuerzas que exista en la misma sociedad entre los distintos grupos de edad y en el reparto de recursos, y de tareas que se asignen a cada grupo. Dependerá pues de los papeles que nuestra sociedad reserva a los ancianos y de la valoración de los mismos que haga. ¿Qué significa esto? Pues que en gran medida la vejez es un concepto móvil y cambiante que se transforma al ritmo mismo en que se transforma la sociedad. Sociedad en la que también los ancianos juegan un papel a la hora de definirla. Por ello, la vejez hoy puede tener muy poco que ver con la vejez de mañana cuando el grupo social «viejos» represente más del 20 % de la población. En esto quizá sea interesante aprender también de otra categoría social importante y que en las últimas décadas ha hecho oír su voz de forma significativa. Una vez más el ejemplo de la mujer y el movimiento feminista puede ser un referente importante a la hora de analizar las transformaciones sociales y de valores respecto a la mujer y barruntar hacia donde se puede mover el fenómeno social vejez.

4. Redefinir de forma flexible y abierta nuestra concepción del fenómeno social «vejez»

Porque si hay algo patente en esta cuestión es que el estereotipo viejo, ya no sirve. Fue creado en el contexto de la sociedad industrial fundamentalmente en un contexto en el que la fuerza física era un elemento fundamental. Hoy vivimos en lo que los sociólogos llaman la sociedad postindustrial o sociedad de la información. Caracterizada por ser una sociedad cuya materia prima fundamental, cuyo eje de desarrollo clave es el procesamiento de información y perso-

nas. El desarrollo del sector terciario y cuaternario. Sociedad de lo cualitativo más que de lo cuantitativo, de la atención personalizada, de la diferenciación y de la pluralidad, frente a la uniformización burocrática. En este contexto ser viejo puede ser algo radicalmente distinto pues estamos en condiciones técnicas y sociales de atender a la multiplicidad de situaciones como nunca antes hemos estado.

Por otro lado, también resulta la categoría viejo difícil de cristalizar de una vez para siempre. Los viejos de hoy no son los de mañana. Basta hacer un análisis en términos de cohortes y de generaciones. Pondré ejemplos extremos para que se entienda. La generación que hoy accede a la jubilación y a la vejez (sesenta y cinco años) nació en 1934, el resto del colectivo es anterior a esa fecha, por eso y simplificando, podemos decir que:

- Todos los que hoy constituyen el grupo de los mayores han vivido la Guerra Civil Española.
- El régimen franquista.
- Niveles muy bajos de educación.
- Falta importante de cultura política. Más bien tendencia a la despolitización, lo que no significa que sean políticamente pasivos.
- Educados en valores tradicionales.
- Han vivido el desgarramiento de la urbanización y el desarraigo, pues la mayoría son de procedencia rural.
- Han conocido todavía unos modelos familiares y de solidaridad familiar que en parte están en retroceso.

Los que nacieron a partir de los sesenta y constituirán el grupo de los mayores a partir del año 2025:

- Han crecido durante la transición democrática, y la explosión de derechos políticos y sociales que trajo consigo.
- Un incipiente Estado de Bienestar.
- Una cultura política de reivindicación de derechos sociales.
- Unos valores de autonomía, realización, consumo, etc. totalmente distintos de los anteriores.
- Se jubilarán en un contexto social radicalmente distinto de aquél para el que «aprendieron a ser viejos» (¿Cuál es el futuro de nuestro recién inaugurado Estado de Bienestar; cómo se acabarán configurando los sistemas de protección social?)

Conclusión: es un error pensar que todos vamos a envejecer igual y tendremos que afrontar estructuras sociales, valores, instituciones, redes de solidaridad, etc., iguales en su relación con el fenómeno de la vejez.

Partir de la idea de la vejez como constructo social nos lleva a otra consideración. Las necesidades de los ancianos son fundamentalmente las mismas que las de cualquier individuo, si bien, y esto es

muy importante, marcadas por los problemas y dificultades que se agudizan en la vejez y también especialmente influidos por la valoración social, la autoimagen que tengan de sí mismos y por la imagen que reciben de los demás.

Podemos señalar tres grandes grupos de necesidades:

- Necesidades materiales y de seguridad económica. Que en el caso de la vejez se relacionan especialmente con los sistemas de protección social y el sistema de pensiones.
- Necesidad de salud y de movilidad. Dando en este caso al término salud una dimensión social en la que se incluyen el bienestar físico, psíquico y social y, en general lo que se entiende por calidad de vida. Y, por tanto, no estrictamente aislable del grupo anterior.
- Necesidades de orden social y cultural. Básicamente vinculadas a la autoestima, a la capacidad de autonomía personal y social, a la participación social y a la posibilidad de construcción de su identidad social. Posibilidad de ser útil desde el punto de vista social. También al uso y disfrute del tiempo, del ocio realizador, etc.

O quizá, si se prefiere, podemos agrupar y detallar estas necesidades tal como lo hacen las Naciones Unidas en sus principios a favor de las personas mayores:

- Independencia

- Que incluye: acceso a la alimentación, agua, vivienda, vestimenta y atención de salud adecuados, mediante ingresos, apoyo a sus familias y de la comunidad y de su propia autosuficiencia.

- Oportunidad de trabajar o de acceso a otras posibilidades de obtener ingresos.

- Poder participar en la determinación de cuándo y en qué medida dejarán de desempeñar actividades laborales.

- Acceso a programas educativos y de formación adecuados.

- Tener la posibilidad de vivir en entornos seguros y adaptables a sus preferencias personales y a sus capacidades de cambio continuo.

- Poder residir en su domicilio tanto tiempo como sea posible.

- Participación

- Poder permanecer integrados en la sociedad, participar activamente en la formulación y la aplicación de las políticas que afectan directamente a su bienestar y poder compartir sus conocimientos y habilidades con las generaciones más jóvenes.

— Poder buscar y aprovechar oportunidades de prestar servicio a la comunidad y de trabajar como voluntarios en puestos apropiados a sus intereses y capacidades.

- Cuidados

— Poder disfrutar de los cuidados y la protección de la familia y la comunidad en conformidad con el sistema de valores de cada sociedad.

— Acceso a servicios de atención de la salud que les ayuden a mantener o recuperar un nivel óptimo de bienestar físico, mental, emocional, así como a prevenir o retrasar la aparición de enfermedades.

— Acceso a los servicios sociales y jurídicos que les aseguren mayores niveles de autonomía, protección y cuidados.

— Acceso a medidas apropiadas de atención institucional que les proporcionen protección, rehabilitación y estímulo social y mental en un entorno humano seguro.

— Poder disfrutar de sus derechos humanos y libertades fundamentales cuando residan en hogares o instituciones donde se les brinden cuidados o tratamiento, con pleno respeto de su dignidad, creencias, necesidades e intimidad, así como de su derecho a adoptar decisiones sobre su cuidado y calidad de vida.

- Autorealización

— Poder aprovechar las oportunidades para desarrollar plenamente su potencial.

— Acceso a los recursos educativos, culturales, espirituales y recreativos de la sociedad.

- Dignidad

— Poder vivir con dignidad y seguridad, y verse libres de explotaciones y de malos tratos físicos y mentales.

— Recibir un trato digno, independiente de la edad, sexo, raza o procedencia étnica, discapacidad u otras condiciones, y ser valorados independientemente de su contribución económica.

5. El fenómeno de la vejez realidad multiforme determinada por múltiples variables

Cuando nos acercamos a la realidad de la vejez, ésta se presenta como una realidad multiforme. Las necesidades de los mayores variarán en función de múltiples factores que definen situaciones radicalmente distintas dentro de este colectivo. Vamos a destacar y comentar algunos de estos factores diferenciadores que ponen de manifiesto una vez más hasta qué punto la homogeneización que lleva a cabo el estereotipo es radicalmente falsa:

La edad

La edad está asociada a determinados riesgos como ya hemos visto en los días anteriores, a la vez que marca incluso la posición de los individuos en el sistema de pensiones y por lo tanto determina su renta. Los más mayores tienen más posibilidades de ser dependientes, tanto físicamente como económicamente. O incluso independientemente de los años, pertenecer a un grupo de edad o a un grupo determinado puede marcar diferencias en las pensiones importantes pues éstas han evolucionado en muchos casos, a veces demasiados, al albur de las coyunturas políticas y económicas.

El sexo

Ser mujer es una garantía de mayor longevidad, pero encierra mayores posibilidades de vivir sola, y mayor pobreza y precariedad económica pues muchas (hoy), han sido amas de casa y únicamente cobran pensión de viudedad o pensiones no contributivas.

Las mujeres tienen también más posibilidades de acabar viviendo con los hijos/as casados, mientras los varones conviven más tiempo con los hijos no emancipados.

También es importante el sexo por una razón especial: la mujer permanece activa en el hogar aún después de la jubilación mientras los varones se jubilan y tienen más dificultades para encontrar una actividad productiva y adaptarse a la nueva vida.

Estado civil

Marca diferencias importantes entre la situación de los ancianos solteros o viudos y los ancianos que viven en pareja.

Muchos ancianos viven en pareja, en su propio hogar hasta la muerte del cónyuge. Muchas veces se ha minusvalorado el trabajo y la rentabilidad económica y social del apoyo y de la asistencia

mutua que se produce. En algunos casos incluso muchos ancianos conviven con ascendientes, padres, tíos, también con hermanos/as ancianos, etc.

Nivel de estudios y de recursos culturales y simbólicos

Una de las teorías de análisis sociológico de la ancianidad ha hecho hincapié en el «vacío de roles» que se produce tras la jubilación. Desde otras perspectivas se insiste en la necesidad de «crear una subcultura anciana». Los ancianos como grupo minoritario tienden a replegarse sobre sí mismos y a elaborar nuevas pautas y normas de conducta, nuevas relaciones personales, nuevos modelos de vida y cultura. Desde esta perspectiva se insiste en la necesidad de que sean los propios ancianos quienes construyan sus universos simbólicos para dotarse de sentido, para construir desde sí mismo y por sí mismo su propia identidad social. Desde aquí se señala que nuestra sociedad, huérfana de modelos culturales que aplicar a la nueva vejez, más presente y activa en la sociedad que nunca antes, tiende a aplicarles los modelos culturales ya existentes: surge así el modelo anciano-joven aplicando la siguiente ecuación; tanto anciano como joven son improductivos, irresponsables y un nicho de mercado importante bien porque tienen rentas propias (caso de los ancianos) bien porque pueden ejercer presión sobre quienes las tienen. Nace así la imagen del viejo consumidor, irresponsable y feliz. «Son como niños».

Es evidente que muchos ancianos rechazan este estereotipo y que la construcción de la propia identidad social está estrechamente vinculada a los recursos disponibles, tanto sociales, emocionales, culturales, etc:

Los ancianos se encuentran en un momento del proceso de cambio cultural general en el que reciben referentes aplicables a ellos mismos a través principalmente de los medios de comunicación de masas, pero que en numerosos casos no son modelos creados por ellos mismos, sino por la administración pública o por diversas instituciones de influencia pública, que tienen un interés concreto en favorecer determinado modelo de ancianidad (por ejemplo, entidades financiero-bancarias, que promocionan un modelo de vejez dinámica y consumista con el fin de favorecer el ahorro entre los adultos y jóvenes actuales).

Así pues, y a pesar de las pautas y modelos que ofrecen con regularidad los medios de comunicación de masas, elogiando al «viejo feliz y despreocupado que viaja y está siempre sonriente», constatamos que este modelo no ha sido regularmente aceptado por muchos ancianos. Hasta hace poco

(finales de la década de los años setenta e inicios de la década de los ochenta), los esfuerzos realizados para inculcar este modelo de vida a los ancianos se concretan en el intento de implantar entre ellos los modelos de consumo de ocio juvenil, pero no porque se considere una estrategia definitiva, sino como solución de emergencia a falta de pautas culturales más adecuadas³.

En este sentido se están produciendo cambios importantes en el ámbito de la identidad cultural y en la autoimagen de los ancianos. Todo parece apuntar a una ancianidad cada vez más preparada, con un acervo de recursos simbólicos importantes y por ello capaz de construir autónomamente, y que reclama su derecho de hacerlo, su propia identidad social como anciano.

Niveles y fuentes de renta y posición económica en el seno de la familia

Los recursos económicos son fundamentales a la hora de cubrir las necesidades vitales y otras múltiples necesidades. En España todavía (aunque hay que reconocer importantes avances en el sistema de pensiones tanto contributivas como no contributivas y en otros sistemas de protección social) la jubilación supone generalmente una importante pérdida de status económico, puesto que la gran mayoría de ancianos tiene como única fuente de renta la pensión.

No me resisto aquí a introducir un pequeño comentario acerca del estereotipo del anciano que amenaza del sistema de pensiones. Siempre se señala que con el boom de los ancianos el sistema de pensiones va a entrar en quiebra y se aducen para ellos motivos fundamentalmente demográficos. Se habla de tasa de dependencia estableciendo la ratio entre el número de activos y el de inactivos (niños y viejos), en cuyo caso cada activo tiene que mantener a tres niños y dos viejos. Esto es una falsedad. Puesto que la ratio debería establecerse entre los ocupados y los ancianos, por lo que el problema no deriva directamente del envejecimiento demográfico sino de la incapacidad del sistema para generar puestos de trabajo; por la expulsión de trabajo. Pues el estrechamiento de la pirámide poblacional siempre podría solucionarse mediante una política de migraciones o de ampliación de la población activa incorporando el enorme colectivo de mujeres que todavía figura como inactivas.

Del mismo modo la consideración del anciano como consumidor de recursos e improductivo supone también una notable distorsión de la realidad por varias razones: por un lado los ancianos tienen un

3 J. M. Fericla, o. c., p. 70.

papel fundamental como actores en el ámbito de la economía informal y por otro, esta perspectiva sólo analiza el sistema económico desde la perspectiva de la oferta (en una clara opción ideológica, neoliberal) y no desde la perspectiva de la demanda. Una demanda solvente genera actividad económica. Así numerosos estudios ponen de manifiesto la importancia económica del colectivo mayores y su incidencia en múltiples actividades del sector servicios. (Hostelería, salud, etc., que se lo pregunten si no a los hoteleros de Benidorm).

La situación económica del anciano dependerá también del tipo de convivencia y de su posición en el seno familiar. Así vivir solo puede significar una mayor pobreza económica o también si se tiene una pensión digna, una mayor autonomía personal. Por lo mismo la convivencia con otros miembros de la familia puede significar una mejora en la situación económica del anciano cuyas rentas son completadas por otros miembros de la familia, pero tiene en contrapartida una menor autonomía y una mayor dependencia. Por lo mismo si la pensión del anciano se constituye en la mayor fuente de renta en la unidad familiar es evidente que la posición negociadora del anciano en la familia es radicalmente distinta.

Biografía personal y laboral

La biografía de los individuos es fundamental para determinar de qué modo vivirán su vejez. No sólo la laboral sino toda la vida del individuo supondrá claras diferencias. Desde edad de matrimonio, número de hijos, edad a que se tuvieron los hijos, las interacciones entre las distintas generaciones en el seno de la familia: edad a que se independizaron los hijos, posibilidad de reasumir hijos tras un fracaso matrimonial, etc.

Así muchos ancianos ejercen de «padres tardíos» de nietos de padres demasiado jóvenes a consecuencia de separaciones de sus hijos. O también deben reorganizar su vida, alterando la etapa familiar que la sociología llamó «de nido vacío», para acoger a algún hijo que vuelve al hogar tras un fracaso matrimonial, etc.

Si nos fijamos especialmente en la biografía laboral es también por su importancia hasta hoy en la construcción de la identidad social del individuo.

Hasta hace bien poco según muchos autores y aún hoy según no pocos más, la actividad productiva ha constituido el eje central en torno al cual los individuos construían sus identidad social. Especialmente en el caso de los varones, desde la sociedad industrial, el empleo era el elemento central de la constitución de la propia identidad.

Tanto es así que muchos jubilados sufren una crisis profunda de identidad al quedar apartados de las actividades productivas. La

posibilidad de sustituir esas actividades por otras, no menos productivas, es vital para poder mantener la autoestima y un nivel de relaciones sociales satisfactorias.

Esto pasa por una valoración de las actividades económicas del anciano, y por la posibilidad de tener acceso a otras actividades valoradas (voluntariado, asociacionismo, etc.) que están también en relación directa con las posibilidades de autonomía y cualificación que el trabajador haya podido desarrollar en su biografía laboral.

***Red de relaciones familiares y sociales
(amistades, clubes, organizaciones, etc.)***

Una necesidad para el anciano es mantener la mayor autonomía posible pero también una estrecha red de relaciones familiares y afectivas satisfactorias. El apoyo familiar sigue siendo esencial para la calidad de vida de los ancianos. Una política orientada a los ancianos no puede olvidar este hecho, demasiadas veces olvidado. «Vivir en familia», gozar de autonomía personal y de calor afectivo, sentirse útil con los suyos... sigue siendo una de las mayores aspiraciones de los ancianos españoles. De ahí que debamos plantearnos nuevos e imaginativos modos de apoyo familiar que hagan posible ese deseo mayoritariamente compartido. Nuevas formas de trabajo, nuevos horarios más flexibles, permisos, centros de día, apoyo a familiares sobrecargados por el trabajo de atención a ancianos especialmente dependientes, etc.

Del mismo modo, una vida rica en relaciones de amigos, de actividad social y participativa repercute en su salud de forma especial: movilidad, actividad mental, satisfacción y optimismo, no hay mejor antidepresivo.

En este sentido podemos formularnos la pregunta siguiente: ¿hemos construido una sociedad para los ancianos, o más bien pretendemos que los ancianos entren en nuestra sociedad construida en función de la producción y en concreto del mundo de los varones?

Los ritmos de trabajo, la organización social, espacial, la movilidad geográfica y social, están en función del mundo de la producción, aunque no sabemos por cuanto tiempo. De momento es evidente que nuestro mundo no está organizado para los mayores.

Esto se plantea también en todos los ámbitos de la intervención social con ancianos: nos podemos plantear esa intervención en términos de «ajustar» la conducta del anciano a los límites y exigencias de la sociedad tal como está estructurada: básicamente en favor de los varones, de los «valores juveniles» que no de los jóvenes, y de la producción y sus exigencias de movilidad, rapidez en los transportes, ahorro de costes, etc. O podemos incidir en la búsqueda de cambios estructurales que hagan nuestras sociedades más habitables

para todas las edades. Una sociedad que tome en cuenta la nueva realidad del colectivo de los mayores y se estructure atendiendo a sus necesidades y exigencias.

La radicación geográfica

Finalmente, la radicación geográfica marca también claras diferencias en el colectivo de mayores. Ser mayor en el ámbito rural define unas exigencias y unas situaciones distintas de aquellos que envejecen en las ciudades. Supone diferencias importantes en el acceso a los recursos y ayudas sociales en el caso de los ancianos rurales que pueden verse en algunos casos, aunque no siempre, matizadas por unas redes sociales más estrechas y ricas que en el caso de los ancianos urbanos. Del mismo modo el anciano rural encuentra más oportunidades de mantener una vida activa incluso después de la jubilación oficial. También dentro de esta realidad podemos establecer diferencias entre unos ámbitos rurales y otros, entre poblaciones deprimidas y envejecidas y ámbitos rurales densos y activos, etc.

De todo lo dicho se desprende la necesidad de considerar la diversidad y la riqueza de situaciones que permita abordar políticas adecuadas a esa realidad plural a la vez que hacer una llamada a dar la palabra a los propios mayores que son quienes en definitiva están en condiciones de definir sus propias necesidades y el modo de resolverlas.

Dar la palabra a los mayores

Hablar de los mayores y sus necesidades comporta un riesgo importante: el definir desde afuera lo que son las necesidades de otros, definición que a menudo olvida la opinión y lo que de sí mismos dicen los mayores y que se decanta por la definición, en el mejor de los casos «paternalista» del bien de los otros.

Por otro lado, parece presuponer una situación de «minusvalía» en un colectivo indiferenciado y homogéneo que no sería capaz de, por sí mismo, establecer y gestionar sus demandas sociales. Es necesario impulsar la iniciativa de los propios mayores en la definición, detección y gestión de sus necesidades, así como hacerles una llamada a poner en juego sus múltiples capacidades y cualificaciones en favor de la sociedad en general, de tal manera que no sólo nos preguntemos qué puede aportar la sociedad a los mayores sino también qué pueden aportar los mayores a la sociedad en que estamos insertos. Preguntas que no se plantean desde una perspectiva moral sino fundamentalmente social y que desde aquí están estrechamente relacionadas, pues quizá una de las necesida-

des más urgentes vividas por los mayores es redefinir su papel en una sociedad que se ha estructurado en torno a los jóvenes y a los adultos pero que hoy se encuentra con la «novedad» de los mayores como un colectivo cada vez más numeroso que demanda un espacio y una valoración nueva en el ámbito social.

Quizás uno de los mayores problemas con que se enfrentan los mayores es el de construir una nueva identidad ajustada a la nueva situación a la que se ve abocado por la sociedad que le impone su condición de «viejo» en muchos casos atendiendo a criterios meramente formales (de edad) cuando esa persona se halla en plenitud de condiciones físicas y psíquicas y en una inmejorable situación para aportar todo lo que tiene a la propia sociedad.

La situación de los mayores representa en muchos sentidos uno de los mayores ejemplos de derroche de recursos por parte del sistema social, derroche que, ninguna sociedad sana se podría permitir y que, sin embargo, en nuestras sociedades modernas, sobre la base del prejuicio y de los mitos de la vejez, se verifica cada día. Por eso es importante que se haga un esfuerzo colectivo por devolver el protagonismo que se merece a ese colectivo, dándole la palabra y exigiéndole responsabilidades también hacia el resto de la sociedad, es decir, tratándoles como adultos que tienen mucho que aportar en la construcción de un mundo más humano y como los más cualificados e interesados en afrontar sus propios intereses y necesidades.

BIBLIOGRAFÍA

- CECS (1997), «El envejecimiento humano», en *Informe España 1996*, Fundación Encuentro, Madrid, pp. 321-370.
- Bazo, M. T. (1990), *La Sociedad anciana*, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- EUROSTAT (1998), *Demographic Statistics*, Luxemburgo 1998.
- INSERSO (1996), *Voluntariado y personas mayores*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- Gándara MartÍN, J. J. de la (1995), *Envejecer en soledad*, Popular, Madrid.
- García Roca, J. (1995), *Contra la exclusión. Responsabilidad política e iniciativa social*, Sal Terrae, Santander.
- Fericgla, J. M. (1992), *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Anthropos, Barcelona.
- Pérez Ortiz, L. (1997), *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- San Román, T. (1990), *Vejez y cultura*, Fundación Caja de Pensiones, Barcelona.